

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Mensaje

LXXXI JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2007

Todas las Iglesias para todo el mundo

21 de octubre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la próxima Jornada Mundial de las Misiones quisiera invitar a todo el pueblo de Dios —pastores, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos— a una reflexión común sobre la urgencia y la importancia que tiene, también en nuestro tiempo, la acción misionera de la Iglesia. En efecto, no dejan de resonar, como exhortación universal y llamada apremiante, las palabras con las que Jesucristo, crucificado y resucitado, antes de subir al cielo, encomendó a los Apóstoles el mandato misionero: «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28,19-20).

En la ardua labor de evangelización nos sostiene y acompaña la certeza de que Él, el Dueño de la mies, está con nosotros y guía sin cesar a su pueblo. Cristo es la fuente inagotable de la misión de la Iglesia. Este año, además, un nuevo motivo nos impulsa a un renovado compromiso misionero: se celebra el 50º aniversario de la Encíclica *Fidei donum* del siervo de Dios Pío XII, con la que se promovió y estimuló la cooperación entre las Iglesias para la misión *ad gentes*.

De este modo, se asiste a un providencial "intercambio de dones", que redunda en beneficio de todo el Cuerpo místico de Cristo. Deseo vivamente que la cooperación misionera se intensifique, aprovechando las potencialidades y los carismas de cada uno. Asimismo, deseo que la Jornada Mundial de las Misiones contribuya a que todas las comunidades cristianas y todos los bautizados tomen cada vez mayor conciencia de que la llamada de Cristo a propagar su Reino hasta los últimos confines de la tierra es universal.

«*La Iglesia es misionera por su propia naturaleza —escribe Juan Pablo II en la Encíclica Redemptoris missio—, ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza al corazón mismo de la Iglesia. Por ello, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes. Las mismas Iglesias más jóvenes (...) deben participar cuanto antes de modo efectivo en la misión universal de la Iglesia, enviando también ellas misioneros a predicar el Evangelio por todo el mundo, incluso aunque sufran escasez de clero»* (n. 62).

A cincuenta años del histórico llamamiento de mi predecesor Pío XII con la Encíclica *Fidei donum* para una cooperación entre las Iglesias al servicio de la misión, quisiera reafirmar que el anuncio del Evangelio sigue teniendo máxima actualidad y urgencia. En la citada Encíclica *Redemptoris missio*, el papa Juan Pablo II, por su parte, reconocía que «*la misión de la Iglesia es más amplia que la "comunión entre las Iglesias"; ésta (...) debe orientarse no sólo a apoyar la reevangelización, sino también y sobre todo a la actividad específicamente misionera»* (n. 64).

Por consiguiente, como se ha reafirmado muchas veces, el compromiso misionero sigue siendo el primer servicio que la Iglesia debe prestar a la humanidad de hoy, para orientar y evangelizar los cambios culturales, sociales y éticos; para ofrecer la salvación de Cristo al hombre de nuestro tiempo, en tantos lugares del mundo humillados y oprimidos a causa de pobrezas endémicas, violencia y negación sistemática de los derechos humanos.

La Iglesia no puede eximirse de esta misión universal; para ella constituye una obligación. Dado que Cristo encomendó el mandato misionero en primer lugar a Pedro y a los Apóstoles, ese mandato hoy compete ante todo al Sucesor de Pedro, a quien la divina Providencia ha elegido como cimiento visible de la unidad de la Iglesia, y a los obispos, directamente responsables de la evangelización, como

Dios que su ejemplo suscite nuevas vocaciones en todas partes y una renovada conciencia misionera en el pueblo cristiano.

Toda comunidad cristiana nace misionera, y el amor de los creyentes a su Señor se mide precisamente según su compromiso evangelizador. Podríamos decir que, para los fieles, no se trata simplemente de colaborar en la actividad evangelizadora, sino de sentirse ellos mismos protagonistas y corresponsables de la misión de la Iglesia. Esta corresponsabilidad conlleva que crezca la comunión entre las comunidades y se incremente la ayuda mutua, tanto en lo que atañe a las personas (sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos voluntarios) como en la utilización de los medios hoy necesarios para evangelizar.

Queridos hermanos y hermanas, verdaderamente el mandato misionero encomendado por Cristo a los Apóstoles nos compromete a todos. Por tanto, la Jornada Mundial de las Misiones debe ser ocasión propicia para tomar cada vez mayor conciencia de ese mandato y para elaborar juntos itinerarios espirituales y formativos adecuados que favorezcan la cooperación entre las Iglesias y la preparación de nuevos misioneros para la difusión del Evangelio en nuestro tiempo.

Con todo, no conviene olvidar que la primera y principal aportación que debemos dar a la acción misionera de la Iglesia es la oración. «*La mies es mucha —dice el Señor— y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies*» (Lc 10,2). «*Orad, pues venerables hermanos y amados hijos —escribió hace cincuenta años el papa Pío XII, de venerada memoria—: orad más y más, y sin cesar. No dejéis de llevar vuestro pensamiento y vuestra preocupación hacia las inmensas necesidades espirituales de tantos pueblos todavía tan alejados de la verdadera fe, o bien tan privados de medios para perseverar en ella*» (*Fidei donum*, 13). Y exhortaba a multiplicar las misas celebradas por las misiones, pues «*son las intenciones mismas de nuestro Señor, que ama a su Iglesia y que la quiere ver extendida y floreciente por todos los lugares de la tierra*» (ibíd., 63).

Queridos hermanos y hermanas, también yo renuevo esta invitación tan actual. Es preciso que todas las comunidades eleven su oración al «*Padre nuestro que está en el cielo*», para que venga su Reino a la tierra. Hago un llamamiento en particular a los niños y a los jóvenes, siempre dispuestos a generosos impulsos misioneros. Me dirijo a los enfermos y a los que sufren, recordando el valor de su misteriosa e